

¿De manera científica o como salga? Carta a un amigo

**León Trotsky
10 de enero de 1919**

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 1, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 173-177. En viaje. Tambov-Balachov, 10 de enero de 1919. *Voenoje Dielo*, 5-6 [34-35], 23 de febrero de 1919.)

Querido amigo: Me preguntas cómo ha podido suceder que el problema de los especialistas, del tipo de oficiales del Estado Mayor General, adquiera tanta importancia en nuestros medios. Permíteme decirte que en el fondo no se trata de los especialistas militares; la cuestión es más amplia y profunda.

Somos el partido de la clase obrera. Con sus elementos avanzados hemos pasado décadas en la clandestinidad, hemos luchado, nos hemos batido en las barricadas, hemos derrocado al antiguo régimen, hemos rechazado todos los grupos confusos, tipo socialrevolucionarios y mencheviques, y al frente de la clase obrera hemos tomado el poder en nuestras manos. Pero si nuestro partido está ligado de manera entrañable e indisoluble con la clase obrera, no ha sido nunca, ni puede serlo, un simple adulator de la clase obrera, que se satisface con todo lo que hacen los obreros. Nosotros hemos despreciado a los que nos daban lecciones sobre que el proletariado había tomado el poder “demasiado pronto”. ¡Como si la clase obrera pudiera tomar el poder en cualquier momento, según su deseo, y no cuando la historia le obliga a tomarlo! Pero al mismo tiempo no dijimos nunca, y no lo decimos ahora, que nuestra clase obrera había alcanzado la plena madurez y podía, como quien dice “jugando”, resolver todas sus tareas, vencer todos los obstáculos. El proletariado, y con mayor razón los campesinos, acaban de salir de una esclavitud secular y arrastran consigo todas las consecuencias del yugo, de la ignorancia y del oscurantismo. La conquista del poder, por sí misma, no ha transformado a la clase obrera, no la ha dotado de todas las virtudes y cualidades necesarias; la conquista del poder sólo le abre la posibilidad de estudiar a conciencia, de desarrollarse y despojarse de sus insuficiencias históricas.

La capa superior de la clase obrera rusa, mediante una tensión extraordinaria de sus fuerzas, ha realizado una gigantesca obra histórica. Pero incluso en esta capa superior hay todavía mucho de medio instruido, medio ignorante; muy pocos obreros podrían, en cuanto a sus conocimientos, a su horizonte y su energía, hacer por su clase aquello que los representantes y agentes de la burguesía hacen para las clases dirigentes.

Lasalle dijo en una ocasión que los obreros alemanes de su tiempo (de hace más de medio siglo) eran pobres por la conciencia que tenían de su pobreza. El desarrollo revolucionario del proletariado consiste precisamente en que llegue a tener conciencia de su situación de oprimido, de su miseria, y se levante contra las clases dominantes. Eso es lo que le da la posibilidad de tomar por asalto el poder político. Pero la posesión del poder político le descubre, de hecho por primera vez, el panorama completo de su indigencia en el dominio de la instrucción general y especializada, así como de la práctica gubernamental. Y la comprensión misma de sus propias carencias es, para la clase revolucionaria, la garantía de que las superará.

Lo más peligroso para la clase obrera sería, indudablemente, que su élite creyese haber resuelto lo esencial con la conquista del poder, y dejase a su conciencia revolucionaria dormirse en los laureles. El proletariado, en efecto, no ha hecho la revolución para que unos miles o decenas de miles de obreros avanzados se instalen en los sóviets y los comisariados. Nuestra revolución no se justificará plenamente hasta que

cada trabajador, cada trabajadora, no se sienta vivir de manera más fácil, más libre, más digna y limpia. Aún no hemos llegado ahí. Nos queda por recorrer un camino difícil hasta alcanzar ese objetivo fundamental, nuestro único objetivo.

Para que la vida de millones de trabajadores llegue a ser más confortable, abundante y rica de contenido, es necesario elevar en todos los terrenos el nivel de organización y eficacia del trabajo, alcanzar un nivel incomparablemente más alto de conocimientos, ampliar el horizonte de todos los representantes de la clase obrera en cualquier dominio de su actividad. Hay que estudiar al mismo tiempo que se trabaja. Hay que aprender de todos los que puedan enseñar algo. Hay que atraer todas las fuerzas susceptibles de incorporarse al trabajo. Repitámoslo una vez más: debemos comprender que las masas populares enjuician la revolución, en última instancia, por sus resultados prácticos. Y tienen toda la razón. Pero a juzgar por la actitud de una parte de los trabajadores soviéticos parece como si la tarea de la clase obrera hubiera sido resuelta ya, en lo esencial, por el simple hecho de que han sido llamados al poder diputados obreros y campesinos, los cuales resolverán los problemas, mejor o peor. El régimen soviético es el mejor régimen para la revolución obrera, ante todo por ser el que mejor refleja el desarrollo del proletariado, su lucha, sus éxitos, lo mismo que sus carencias, comprendidas las carencias de su capa dirigente. Y junto a miles de individualidades de primer orden, promovidas por el proletariado (que estudian, progresan y ante las que se abre, indudablemente, un gran porvenir) hay en el aparato dirigente soviético no pocos eruditos de pacotilla que creen saberlo todo. La autosuficiencia, que se tranquiliza con los pequeños éxitos, es el peor rasgo del pequeño burgués, y radicalmente inconciliable con las tareas históricas del proletariado. Pero, pese a ello, este rasgo se encuentra también entre los obreros que, con más o menos derecho, pueden considerarse avanzados; la herencia del pasado, las tradiciones pequeñoburguesas, y finalmente, la simple necesidad de descanso para nervios sometidos a gran tensión, dan esos resultados. Y al lado de eso hay un gran número de miembros de la intelligentsia o de una semiintelligentsia, los cuales se sumaron sinceramente a la clase obrera pero aún no se han refundido interiormente y conservan muchos rasgos e ideas propios del medio pequeñoburgués. Estos elementos, los peores del nuevo régimen, tienden a cristalizar en la burocracia soviética. Digo “los peores”, sin olvidar a miles de simples técnicos sin ideas políticas, empleados en todas las instituciones soviéticas. Técnicos, especialistas “sin partido”, que cumplen mejor o peor sus funciones, sin sentirse responsables del régimen soviético y sin exigir de nuestro partido que se sienta responsable de ellos. Hay que utilizarlos de todas maneras, sin pedirles lo que no pueden dar... En cambio, nuestra propia burocracia, ya conservadora, rutinaria, engréida, que no desea aprender e incluso manifiesta hostilidad hacia los que le recuerdan la necesidad de estudiar, es un verdadero peso muerto histórico.

Es ahí donde reside el verdadero peligro para la causa de la revolución comunista. Ahí están los verdaderos cómplices de la contrarrevolución, aunque sea sin complots. Nuestras fábricas no trabajan mejor que las burguesas, sino peor. El hecho de que, a su frente, como administración, haya unos cuantos obreros, no resuelve nada por sí mismo. Si estos obreros se deciden firmemente a lograr buenos resultados (y en la mayoría de los casos así es o así será), entonces sí que las dificultades serán superadas. Es indispensable, por consiguiente, abordar de manera más razonable, más perfeccionada, la organización de la economía y la dirección del ejército. Es preciso despertar la iniciativa, la crítica, la creatividad. Es necesario dar más espacio al gran resorte de la emulación. Y junto con ello hace falta atraer a los especialistas, buscar organizadores experimentados, técnicos de primera clase, abrir camino a todos los talentos, tanto a los salidos de las capas inferiores como a los legados por el régimen burgués. Sólo el pobre burócrata soviético, celoso de su nuevo puesto, que tiembla por él en razón de los privilegios personales y no

de los intereses de la revolución obrera, puede comportarse con desconfianza gratuita hacia el que conoce bien su asunto, hacia el organizador, el técnico, el especialista, o el sabio que destaca en su esfera propia, habiendo decidido previamente para sí que “nosotros solos saldremos del paso, mejor o peor”.

En nuestra Academia de Estado Mayor estudian ahora camaradas del partido que en la práctica, en la experiencia de la sangre vertida, han comprendido con plena conciencia, cuán difícil es el rudo arte de la guerra, y ahora trabajan con intensa atención bajo la dirección de profesores de la antigua escuela militar. Personas ligadas a la academia me han informado que la actitud de los estudiantes hacia los profesores no está regulada, en absoluto, por motivos políticos, y que los signos más vivos de atención van, al parecer, al más conservador de los profesores. Es gente que quiere aprender. Ven a su lado otros que saben y no rezongan, no se encabritan, ni gritan “a lo soviético”: “con vosotros no tenemos ni para un bocado”; se instruyen con aplicación, concienzudamente, cerca de los “generales zaristas”, porque estos generales saben lo que no saben los comunistas, lo que los comunistas necesitan saber. Y estoy seguro que una vez asimilado eso nuestros académicos militares rojos introducirán no pocas correcciones en lo que les han enseñado, y tal vez aporten algo nuevo.

La carencia de conocimientos no es, claro está, una culpa sino una desgracia; pero una desgracia corregible. Esta carencia se convierte en culpa, e incluso en crimen, cuando va acompañada de la suficiencia (del confiarse en los “quizás”, “pienso que”) y de la hostilidad envidiosa hacia todo el que sabe más.

Tú preguntabas por qué esta cuestión de los especialistas militares suscita tantas pasiones. La cosa estriba en que tras esa cuestión, si vamos al fondo del asunto, se ocultan dos tendencias: una, cuya fuente es la comprensión de la grandiosidad de las tareas planteadas ante nosotros, que aspira a utilizar todas las fuerzas y medios, heredados del capital por el proletariado; que trata de racionalizar, o sea, de comprender todo el trabajo social, incluido el militar, e introducir en todos los terrenos el principio de la economía de fuerzas, alcanzar los resultados óptimos con los menores sacrificios, crear efectivamente las condiciones que permitan vivir mejor. La otra tendencia, afortunadamente mucho menos fuerte, se alimenta del espíritu conservador-burocrático, pequeñoburgués, cerrado y envidioso, suficiente y al mismo tiempo poco seguro de sí... “Mal que bien resolveremos los problemas, es decir, los resolveremos más tarde”. ¡Mentira! “Mal que bien” no resolveremos nada en ningún caso. O bien lo resolveremos del todo, como debe serlo, científicamente, mediante la utilización y el desarrollo de todos los medios técnicos, o bien no resolveremos nada y nos hundiremos. Quien no ha comprendido esto no ha comprendido nada.

Volviendo sobre la cuestión que me planteas, querido amigo, la cuestión de los especialistas militares, te diré lo siguiente, basado en mis observaciones directas. En nuestro ejército existen ciertos rincones donde la “desconfianza” hacia los especialistas militares ha prosperado particularmente. ¿Cuáles son esos rincones? ¿Los más ricos por el grado de conciencia de las masas? ¡Ni hablar! Todo lo contrario: son los rincones más atrasados de nuestra república soviética. Hasta no hace mucho, en uno de nuestros ejércitos se consideraba como el colmo del espíritu revolucionario burlarse, de manera bastante mezquina e idiota, de los “especialistas militares”, es decir, de todos los que habían pasado por la Escuela Militar. Pero en las unidades de este mismo ejército apenas se hacía trabajo político. A los comunistas-comisarios, a estos “especialistas” políticos, se les trataba con no menos hostilidad que a los especialistas militares. ¿Quién sembraba esta hostilidad? Los peores elementos entre los nuevos comandantes. Con conocimientos aleatorios del arte de la guerra, medio guerrilleros, medio miembros del partido, no podían soportar a su lado ni a los cuadros del partido ni a los cuadros serios del trabajo militar.

Esta es la peor especie de comandantes. Son ignorantes, pero no quieren estudiar. Siempre buscan la causa de sus fracasos (¿y cómo van tener éxitos?) en la traición de los otros. Pierden lamentablemente la serenidad ante todo cambio del estado de espíritu de sus unidades, porque carecen de autoridad moral y militar. Cuando la unidad, no sintiendo un jefe firme, rehúsa atacar, se escudan tras ella. Agarrándose al puesto, reaccionan con encono a la simple mención que se les haga de la ciencia militar. Para ellos es sinónimo de traición. Muchos de ellos, extraviándose completamente, acaban insubordinándose contra el poder soviético.

En aquellas unidades donde el nivel moral del soldado rojo es más elevado, donde se ha hecho un trabajo político, donde hay comisarios responsables y células del partido, allí no se teme a los especialistas militares: al contrario, se reclama su presencia, se les utiliza y se aprende de ellos. Más aún: allí se caza con mucho más éxito a los verdaderos traidores y se les fusila a tiempo. Y allí (es lo más importante) se vence.

Así están las cosas, mi querido amigo. Tal vez ahora comprendas más claramente la raíz de las divergencias en el problema de los especialistas militares y de otros especialistas.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es